



**MARIO
ZEGARRA**
**UN MANÍACO
HOMICIDA
A LA VEZ**

La venganza de Atua Musetta

MARIO
ZEGARRA
UN MANÍACO
HOMICIDA
A LA VEZ

La venganza de Atuq Musetta



BIBLIOTECA ELEGIDA

*Colección dirigida por
Marcelo di Marco*

BÄRENHAUS

*Para Luz, este compendio
de luminosas atrocidades.*



*Descubrí de repente que eran
una sola imagen de mi deseo, un
solo espectro de carne rosada
que llenaba exactamente el vacío
entre mis brazos.*

GESUALDO BUFALINO



PRÓLOGO

¿Qué fue de Magaly Garay Ushiñahua, la estimuladora erótica de ofidios?

11

Para saberlo, es necesario continuar su historia en la presente novela, este spin-off titulado *Un maniaco homicida a la vez*. Es necesario hundirnos en más torturas, más desapariciones, más asesinatos, más sangre. Es necesario relatar los horrores, las vejaciones, los martirios de los cuales la Maga escapó, para comprender que en esta narración nadie es inocente.

Quizá también sea necesario repasar las mentes de los anteriores personajes, descifrar los pensamientos de los cruentos asesinos que pueblan estas páginas y las páginas de la primera novela. Irrecusablemente, nos referimos a *Tan ignorado como aquí*. Novela cuyo protagonista principal es Santiago Matamoros —el Santi, el amor imposible de la Maga—, y en las que vemos cómo la desgracia inunda los rincones de su policíaca mente. El secuestro de su pequeña Esmeralda lo ha hecho transitar por los senderos del alcohol, de las malas mujeres, y extraviarse en fantasmales pesadillas del pasado. En estas circunstancias, el capitán Matamoros conoce a Magaly —forzada stripper,

obligada a prostituirse por el enano Federico—, y la ayuda a escapar, a saltar por la ventana y largarse.

La Muerte acecha desde cada esquina, desde cada escondrijo, desde cada acción, desde cada página. Quienes hayan leído *Tan ignorado como aquí*, de la cual se bifurca el origen de esta narración, testificarán la lucha de Santiago Matamoros contra la mafia del Tayta Jorge y las brujerías de Arabella. En cuanto a El Extraño, ese auténtico hijo de puta, quienes tendrán la mala suerte de leer todas sus barrabasadas en *La maldad es un mandamiento en tierra de nadie* no nos dejarán contradecirnos: tan mentado personaje inducirá a Santiago a perder más que la cordura.

Pero eso es patrimonio del futuro. Mejor volvamos a lo que nos atañe ahora, y recapitulemos.

En *Tan ignorado como aquí*, a Santiago lo acompañaba su inseparable amigo, el teniente Epifanio Ruiz, y su equipo: *The Matamoros' Bloodhounds*. Y Epifanio desfallecía por el amor de Arabella Stumpf, esa *femme fatale* que engatusaba voluntades y controlaba a quien estuviese bajo su mira: Magistelo Zacarías fue uno de los tantos que cayeron bajo su influjo. Y la Muerte, la que acecha en cada página, es íntima de Arabella. Por otra parte, el Tayta Jorge comanda a abominables criminales: David Núñez, Cholón Canales, Pequeño Óscar y Federico Santos. Y es este pelirrojo enano Federico el padre de la criatura. Él es el diminuto causante de la historia de venganza de la Maga, que comienza por el final de *Tan ignorado como aquí*. Que comienza ahora.

M. Z.

1. LA MIEL EN LOS LABIOS

13

A más de un lector le hubiera gustado que empezara narrando en orden cronológico cómo durante los primeros días de octubre del 2003 Magaly huyó junto a Lemmy y sus muchachos por la frontera peruano-boliviana. Les hubiera encantado ver cómo la Maga, muy a lo lejos, creyó distinguir la fachada de La Divina Comedia arrasando esos hermosos cielos fronterizos. Les hubiera apasionado saber que el edificio se erigía como un monumento de inacabables proporciones ocultándolo todo, opacándolo todo, oprimiéndolo todo.

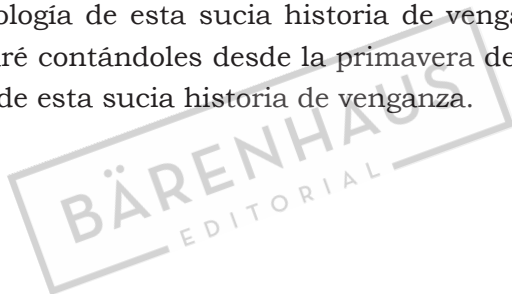
Pero de todo eso sólo relataré un pedacito. Una pizca, para dejarlos con la miel en los labios. Precisamente narraré el momento en que Magaly intentó dejar de mirar aquella descomunal alucinación que le agarrotaba el pecho, que le fulminaba las ideas, que le hacía temblar las rodillas. Sí, apenas esa parte. Cuando ella supo que nada de lo que veía podía ser posible. Y entrecerró los ojos. Y reprimió el miedo a verse sepultada otra vez en aquella inmundada celda. A verse con las cochinas manos del enano Federico horadando su espalda.

Y abrió los ojos, y vio otra vez esa danza de colores: el verdor de la selva combinándose con la brillantez de aquel infinito cielo. En una deprimente tarde de verano. En una demencial alucinación. En un caótico silencio. Otra vez estaba sola.

—Basta, es todo —dijo, y vio el horizonte.

14 Estoy segurísimo de que a unos cuantos lectores les agradaría saber que ese fue el preciso instante en que la Maga decidió regresar por su revancha y por su Santi. Y, sobre todo, les agradaría saber si lo logró o no.

Pero no voy a ser condescendiente. Irrespetaré la cronología de esta sucia historia de venganza. Y arrancaré contándoles desde la primavera del 2007: el final de esta sucia historia de venganza.



2. PRIMERO EN LA LISTA

15

Era el final: Magaly seguía empuñando el Taurus Raging Bull de Pequeño Óscar, se desparramaba en un mohín de escepticismo, absorbía el hedor de la carne acribillada, y sus ojos se fundían en el destello de la deflagración. Y aún frente al cadáver de Cholón Canales, a la Maga le resonaba la música de los pellejos y de los huesos al estallar: oír el silbido de la bala le hacía hervir la sangre caliente de la selva. Aquella sangre caliente de la selva la ruborizaba: refulgía en sus mejillas junto a las partículas de huesos, de sesos y de la infinita sangre del malparido de Cholón, a quien acababa de reventarle la cabeza a quemarropa. Esos restos le salpicaban la cara, le hacían arder los recuerdos, le aplacaban de alguna extraña forma la ira.

—Ya quedaste fuera de combate, querido —dijo la Maga dirigiéndose al descabezado cadáver de Cholón.

Y desterró el nombre de Cholón Canales de la imaginaria lista de asesinatos pendientes: el del mismo Cholón, el del Perro Julián, el de Pequeño Óscar, el de David Núñez, el del Tayta Jorge, el de Federico Santos, entre los de tantos hijos de puta que debía

desarraigar de sus existencias. Apuntó el Raging Bull desde algún rincón de la memoria —¡bang, bang, bang!—, y otra cara hecha pedazos, y una miserable vida de mierda —en la ontológica concepción magalyana— extinguida en ese cuchitril.

Magaly inspeccionó la habitación. Ese calabozo les habría servido muchas veces a los esbirros de Federico para perpetrar un sinfín de atrocidades contra alguno que otro desgraciado de turno:

16 —Por suerte... —dijo en voz alta, levantando con el cañón del Taurus, de entre todos los desperdicios repartidos por el suelo, los restos de los deshuesados calzoncillos de algún infeliz—. Por suerte, donde me encerraban, la humedad no me asfixiaba tanto.

Al percatarse de la roña que infectaba la seda de ese desgastado trapo, la Maga frunció la boca y lo arrojó:

—Ese par de desgraciados —dijo, espantada por lo que habrían hecho Cholón y Pequeño, y sobre todo por lo que *le* habrían hecho al ex poseedor de aquella prenda.

Y miró el cadáver de Cholón Canales, miró la oxidada barreta que aún aprisionaba la zarpa de esa fiera.

Era el final. El final de Cholón, el primero de la lista.

Y Magaly dejó caer los brazos.

Y dejó caer el Taurus.

Se dejó caer en sus tortuosos recuerdos.

Y recordó lo que le habían hecho al Santi.

3. LA ENSANGRENTADA CABEZOTA DE PEQUEÑO ÓSCAR

Precisamente tres meses antes de su muerte, en una sucursal de Maestro, Cholón Canales leía y revisaba la lista con el encargo de David Núñez, el Trepanador:

17

- 4 pares de guantes
- 2 cilindros azules de polietileno de sesenta y siete litros
- 1 hacha
- 45 galoneras de ácido muriático
- 5 mantas plásticas azules
- 4 bolsas de clavos de diversos tamaños
- 1 taladro Stanley
- 2 martillos
- 4 overoles

Y mientras Pequeño Óscar descargaba el contenido de los carritos de compras en el counter, Cholón Canales iba tachando la lista. Al realizar el último tachón, volteó la hoja y releyó la descabellada instrucción adicional: instrucción facilísima de cumplir para un matón de su calaña. Cholón sonrió, y se dijo:

Aquí no encontraremos de estas cojudeces. Vamos a tener que buscarlas por otro sitio.

Dobló la hoja, y se disponía a guardarse en el bolsillo el listado cuando alguien, una voz femenina, lo interrumpió:

—¿Y no van a llevar tornillos?

Era la cajera, que devoraba con la mirada al energúmeno más negro.

En el gafete de la cajera se leía el nombre: MÓNICA S.

18 —¿Tornillos? —dijo con tono irónico Cholón Canales, y le encajó un codazo a Peque para que respondiera. Porque ya se había percatado de la chorradura de baba que se escurría por la boca de la tal MONIQUITA. MONIQUITA S. Ese, de “sacudón-de-culo-y-tetas”.

—Nada, flaca. —Pequeño Óscar le sonrió, acomodándose por encima del pantalón a su tan apreciado Vergadzilla. Y, en los ojos de la ñora, el Peque distinguió la arrechura.

A esta perra se la enchufo —se dijo, sorbiéndose los mocos y visualizando todas las maromas que le practicaría a la tía—. Me la voy a culear a la muy puta hasta que conozca cada milímetro de mi larga, kilométrica, cogedora y destrozahuecos Vergadzilla.

En tanto, un sonriente Cholón Canales —abstraído en la escueta pregunta que propinó MONIQUITA: ¿Tornillos?— pensó: No vamos a perforar ni madera ni paredes, flaca. Aunque no es mala idea andar entornillando cojudos, bonito modo de hacerlos confesar.

Sí, era cierto. Y otro eficaz método de forzar a un maricón a escupir la verdad —y la vida misma— es

amarrarlo con alambre de púas contra un sillón y acariciarlo oxidadamente con la fiel pata de cabra. Así habían acabado con ese tal Juanpérez, quien en realidad se llamaba Magistelo Zacarías, de profesión librero. Bueno, eso es lo que acababa de revelar *El quickly de las mañanas*:

MASACRE EN EL RÍMAC
SEPA TODO SOBRE EL SANGRIENTO ASESINATO
DEL LIBRERO DE SAN ISIDRO

19

Por su parte, MÓNICA SACUDÓN —la cajera de Maestro, quien esa mañana no se había cepillado bien los dientes, o directamente no se los había cepillado, a secas— se percató del descarado movimiento de ese negro adonis al que le sospechaba una virilidad anacónica. Mónica no se inmutó por la tremenda frotada de pieza del audaz morenaje, ni por la cicatriz que le surcaba el cuello a nuestro galán. *¿Quién no posee una marquita?*, pensó la cajera, hipnotizada por la longitud de la zanja de Peque, marquita trazada de oreja a oreja y que dibujaba perfectamente la convexidad de una cachosa media luna sobre el cuello.

Muy por el contrario, acostumbrada a lidiar con los complicados códigos de apareamiento de esa pira de albañiles, electricistas, carpinteros, gasfiteros, mecánicos, y toda clase de obreros de non sanctas costumbres, a ELLA la romántica mímica del atrevido comprador le encantó. Y MÓNICA le peló los dientes, mostrándole los no pocos residuos de palta del pan con palta del desayuno exprés que había ingerido en

el emolientero ubicado en una esquina a cuadras de su casa.

Al advertir el afanoso y vomitivo cortejo entre su compinche y la cajera de Maestro, Cholón Canales decidió empaquetar y avanzar con los bultos de la compra.

Ya que se encargue ese pajero del Negro, se dijo Cholón, embolsando apresuradamente una de las cuarenta y tantas galoneras de ácido muriático.

20

Ya en el estacionamiento, cuando Cholón Canales y Pequeño Óscar intercambiaban impresiones sobre los implementos requeridos por David Núñez, y acomodaban —nuestro par de queridísimas brutalidades no acomodaban, ellos aventaban como buenos brutos que son— las herramientas en la maletera de la Land Rover, sucedió una escena digna de relatarse.

Esto fue lo que ocurrió:

—Oe, causa —dijo Cholón Canales tirando el hacha en un rincón de la maletera—, crees que nos sirvan para algo todas estas huevadas.

—Ni la más puta idea, Cholito maricón —dijo Peque arrojando las bolsas de clavos adentro de la camioneta.

—Ya pues —dijo Cholón dejando en la cajuela una de las bolsas repletas de galoneras de ácido muriático, y se frotó un ojo, dudando de las palabras de Peque—. No empieces con tus pendejadas, Negro. Sólo porque te vas a gilear a la vieja esa, ya te crees el Más Bacán de los Bacanes.

—Ya me conoces...

—... sí, sí, sí—dijo Cholón remedando a un mono rascándose el culo—. Ya te conozco, Negro cabrón: eres todo un macho alfa, y no sé cuánta pendejada más junta. —Y la excelentísima imitación que Cholón hizo de Pequeño recordaba vagamente el andar y la idéntica contextura de un orangután. Más bien, rozaba a un *Pongo pygmaeus*. En resumen: tan similares, los dos eran más feos que la misma mierda—. Es un hecho que te vas a ensartar a esa vieja y...

—... MONIQUITA se llama, conchetumadre —dijo Peque sacando de uno de los bolsillos de su casaca un trozo de papel con el número de la susodicha—. Más respeto, carajo.

—Putra madre, Negro —vociferó Cholón agitando el puño como perforadora—. Aún no te la cachas, y ya la tratas como si fuera tu jerma.

En eso, una de esas señoras gordas —sabe Dios por qué siempre son gordas, y por qué siempre son asiduas concurrentes a talleres literarios— se dirigía hacia su automóvil. Y la mofletuda se sobresaltó al oír a Cholón Canales. Tanto se sobresaltó que se detuvo junto con el ayudante de Maestro, quien le arreaba el carrito de compras —la gorda señora se había comprado un librero—, y se puso a reprender a Cholón con la serie de frases y adjetivos que a continuación reproduzco:

—Serrano, cochino —dijo la obesa, indigestada por la más acérrima indignación—. Seguro que no te has lavado el hocico en una década. Malcriado. Grosero. Cacaseno. Bruto.

Cholón Canales volteó, fastidiado. No dijo nada, fue Peque quien replicó:

—Señora, será mejor que...

—... a mí no me callas, sucio negro —contraatacó la rechoncha—. Acaso no ves que estoy hablando. Cierra tu boca sucia de sucio negro. —La mujer señalaba a Peque con uno de sus olluquescos dedos, las tetas le bamboleaban, y apretaba los dientes—. ¡Y calla de una buena vez tu boca sucia de sucio negro!

22 Merodeaban por el estacionamiento los compradores, los lavacarros, un par de monjitas, y curiosos de diversos tamaños, formas y colores; personajes que siempre aparecen cuando el alboroto campea. Y en este caso, el alboroto campeaba que daba miedo, y ya una multitud comenzaba a aglomerarse. Una multitud atenta al escarnio del cholo, al bochinche, a los insultos de la ilustrísima gorda. Pero la figura que más destacaba entre ese cúmulo de chismosos era la de una frágil adolescente de coletas. La chica —aparentaba no ser mayor de diecisiete años— se había acomodado los oscuros lentes de carey, y recostada sobre el techo de una van observaba el espectáculo. Como dato adicional, Cholón Canales había estacionado la Land Rover entre la van y un bonito desca-potable rojo: un Chevelle Malibu.

Pequeño Óscar ya estaba harto de oír la cantile-na de aquella parlanchina morsa, que incluso una morsa parecía: los pellejos descolgándosele del cuello, su gruesa piel no dejaba de trepidar; y ella abría mucho los brazos cuando hablaba, y los batía como hacen las morsas al desplazarse. Era una señora *muy*

espantosa. Y a Peque eso no le incomodaba, ni tampoco le incomodaba que lo negreará de arriba abajo —desde niño siempre lo habían humillado y tratado como a un ser inferior, por la negrura de su piel—. Lo que realmente le reventaba los huevos era que esa mujercita le alzara la voz. A él los únicos que podían putearlo eran el Tayta Jorge, el enano Federico y, en menor medida, David Núñez.

Y los vituperios de la gordinflona no encajaban dentro de su jerárquica lógica de esclavo: *A mí únicamente me maltrata vuesarced*. Por eso hizo lo que hizo. Pequeño le sostuvo la mirada a doña Morsa, y con la maña de un prestidigitador desenvainó de algún recoveco de la casaca una oxidada y horripilante pata de cabra. Y su grito —era más bien un aullido corto y explosivo— advertía la agresividad del desenlace. Por su lado, Cholón no se quedó atrás: su balisong le convulsionaba en la mano, sacudiéndose, agitándose, desviviéndose en una danza de deseos de muerte morsil. Pero Cholón no aulló, sólo se limitó a ensanchar una sonrisa asesina. En suma, nuestras queridísimas Máquinas de Picadillo de Gordas entraban en acción. Y el pobre empleadillo de Maestro no atinó más que a agarrarse del brazo de Pepa Morsa, en un atávico intento de buscar protección maternal.

Al ver la barreta enarbolada por aquel gigante, doña Morsa cerró la boca de una buena vez. Y eso es un decir, porque más bien la abrió. Y tanto la abrió que las caries y los composites que revestían antiguas caries se le descolgaban como pálidos ahorcados. La papada se le apretaba contra el cuello. La jeta le temblaba, y

la boca se le caía del asombro. Veía cómo ese enorme negro iba a alcanzarla en dos o tres zancadas, y... ¡zas!: cuando lo hiciese le reventaría la cabeza con esa oxidada pata de cabra. Y la gorda se aterrorizó también con la marca del cuello de Pequeño Oscar: oía las palpitations de esa cicatriz, y juraba que reventarían en una detonación de huesos, sesos y sangre. Y se oyó un grito —o tres—, pero ninguno de doña Morsa. Y un desquiciado Cholón había desenfundado la pistola y apuntaba indistintamente a cualquier curioso de la multitud. Y la multitud se dispersaba con cada arremetida de Pequeño, quien revoleaba a Matilde sobre su cabezota como si de un par de boleadoras se tratase. Y, con cada paso que daba Peque, un cabroncete enfundado en una malla fucsia berreaba:

—¡Está loco, chicas, está loco! ¡Ay, corran por sus vidas!

Al oír los chivatoides gritos del marica y al descubrirse jalada por el muchacho de Maestro —que, en su aniñada inconsciencia, algo más que el brazo le toqueteaba—, doña Morsa emprendió la carrera. Huyó sin preocuparse en lo más mínimo de la tibieza líquida que se le escurría por los muslos. Huyó sin preocuparse por el gerontófilo empleaducho que corría a su flanco.

—Bueno, Peque, que ya estuvo bueno —Cholón alzaba la voz sobre el alboroto—. Guarda a Matilde, que esa gorda *rancista* hija de puta ya tuvo lo suyo. Ven, tenemos otras cosas que hacer.

—Racista —corrigió el cabro de fucsia, y echó a correr meneando el apretado culito.

Al oír a Cholón, Pequeño Óscar giró la cabeza. Obedecía como un perro: sumiso y eficaz, amagó con ocultar nuevamente la pata de cabra. Pero antes de guardar a Matilde, le disparó a doña Morsa un lejano ultimátum:

—Tienes suerte, mantecosa —dijo señalándola con toda la imponencia de la herrumbrada barreta—. La próxima vez que te encuentre, te hundo a Matilde en esa cabezota de comunista nazi.

Enseguida le dio un besito a Matilde, y para alivio de los rezagados de la muchedumbre que aún huían, la guardó.

—Muy bien dicho, Negro —dio su aprobación Cholón Canales—. Que se joda esa gorda progresista.

—Y no va ser —dijo Pequeño, quien ya junto a la Land Rover se agachó para recoger otra bolsa, y en eso se le dio por elaborar un pensamiento. Algo se le formaba muy dentro de la materia negra. El esbozo de una pregunta, de una interrogante que debía saciar. Pequeño Óscar abrió la boca y dijo:

—¿Y qué vamos a hacer con tanta galonera de ácido muriático? ¿Un enema para la lechona esa?

Las preguntas quedaron en el aire.

Cholón Canales no creía en la facilidad de abstracción de su camarada. ¿Se estaría olvidando de las cosas? Solito se respondió: Tan dejado no es. Bestia bruta, seguro que sí; pero dejado, jamás.

Acto seguido se tocó la coronilla: ecos de *pum pum pum!*, dolor de orejas, sienes reventándole como martillos neumáticos.

Eso es la vaina con el Negro, advirtió Cholón. Lo están dejando más tarado aún los coscorriones del jefe.

Y le vino a la memoria un recuerdo de su niñez.

—Mira, Peque —dijo Cholin Canales, y sentía que los ojos le brillaban de ilusionada envidia—. ¡Mira esos muñecos!

26 —Qué pasa ahora, carajo. —Pequeño Óscar detuvo su apresurada huida, no sin antes ubicar la ruta para un posible escape. Oyó el pregón: ¡¡¡El gasss, soool gassss!!! Volteó, y rápidamente vio el camión de gas que ya doblaba la esquina. Y también vio a unas niñas saltando la sogá. Vio a un perro cagando en un jardín. Y vio a una señora que arrojaba a un bebé, esforzándose por no dejar caer el paquete que sujetaba momentáneamente entre las piernas.

A Peque le llamaba la atención la diferencia que había entre la serenidad del vecindario y lo que ellos acaban de hacer: momentos antes de escapar de la correccional, él había asesinado a un guardia —*rojo, mucho rojo*— enterrándole un bolígrafo en el cogote. Le llamaba la atención esa normalidad reinante en las aburguesadas vidas de los aburguesados habitantes del aburguesado jirón Juan Parra del Riego. La fuga, su fuga del Centro Juvenil de Diagnóstico y Rehabilitación de Lima —más conocido como Maranguita— hasta el momento era un éxito. Y no lo sería del todo, si no se apuraban. Peque lo sabía, se dijo que a esa mierda no regresaba ni cagando rocoto en crema.

Tenemos que apurarnos, pensó. Que si nos chapán, me van a trasladar a un penal de máxima seguridad. Mis dieciocho años no ayudan ni mierda. Y si me llevan a Luri o a La Sarita, me van a separar de

este cabrón, que es para mí más que un puto hermano. Y con sus catorce va pasar mucho tiempo hasta que nos rencuentremos otra vez.

Pero Cholón —con una niñez sin juegos ni cariño— añoraba los juguetes que nunca tuvo, y dentro de sus infantiles prioridades, escapar había pasado a un segundo plano.

—Ahí, ahí. —Cholón jalaba la ensangrentada manga de Pequeño sacándolo de sus abstracciones, y le señaló la escalera en que jugaba el dueño de los muñequitos, de la pelotita y del trencito—. Mira a ese cabezón. En aquella casa. ¿Lo ves?

27

Pequeño Óscar presenció la batalla que se desencadenaba por el destino del universo entre el octavo y noveno peldaño: los Santos Dorados luchaban contra los Santos de Bronce de Athena. Pegaso se defendía de Tauro con su característico movimiento de puños. Ikki de Fénix yacía desparramado en el jardín junto a los escalones. Shiryū luchaba con Deathmask. Camus de Acuario había congelado a Hyōga, y Shun intentaba resucitarlo con el poder de su cosmos. Y otro tanto de Santos Dorados, Plateados y de Bronce se encontraban desperdigados por el campo de batalla, escaleras abajo.

Peque escupió, se limpió los restos de guardiana sangre en la polera, sonrió y dijo:

—Ese cabeza de huevo está jugando con los dibujos que nos ponía de vez en cuando el finadito, te acuer...

—... ¡Los Caballeros del Zoológico!

—¿Quieres uno? —Pequeño Óscar le guiñó un ojo a Cholito Canales. Se le calentaba el alma cuando los

cholínos ojos irradiaban ese brillo tan brillante, ojos idénticos al dorado de las armaduras de las figuras de acción—. Pero te lo tienes que ganar. —Peque sacó el balisong que le había robado al cadáver del guardia.

—No entiendo —dijo un confundido Cholí— Para qué quiero esto. —Cholí cogió el balisong, y al instante le hizo cobrar vida: las volteretas, ese filo raspándole a ras de la piel, la cuchilla iba y venía cimbreado entre sus dedos; lo aprendido en el reformatorio —el guardia le había enseñado a usarla, a cambio de cinco sesiones de sexo oral— jamás se olvida.

—Pa' qué va se', oe. No va se' pa' intercambiarla. Que tú me entregas el Caballero de Pegaso, y yo te entrego la mariposa de metal.

—¿Y entonces?

—Ya sabrás tú. ¿Aún no has comprendió?

Cholí sonrió, deviniendo Cholón: había comprendido.

Era el momento, su propio momento de placer previo a la tormenta. A partir de entonces, esa sensación de feroz felicidad le desbordaría el corazón al hundir la plateada balisong en las tripas de algún desafortunado.

—Recuerda que ahí tienes toda la colección para ti —dijo Peque, y perpetró unívoco signo: con el dedo índice se seccionó la cicatriz del cuello—. Para ti solamente.

Minutos después, la muerte se colaba en cada aburguesado rincón, en cada aburguesado vecino, en cada aburguesado grito de ese aburguesado jirón Juan Parra del Riego. Y Cholón Canales corría con

los bolsillos y las manos desbordantes de todos los Santos del Zodíaco, y Pequeño Óscar lo acompañaba cargando parte del botín. Y llegaron a la esquina de Pomalca, y corrieron hasta Oquendo de Amat, y en ese cruce se tropezaron con el enano pelirrojo del bastón estoque.

—Oye, huevón —dijo Peque sacando de sus pensamientos a Cholón—. Te he preguntado algo. Vas a responder, o vas a dejarme con la curiosidad.

29

—¿Qué cosa?

—Las galoneras de ácido, mierda.

—Putá, Negro, no te pases de pendejo —dijo un indignado Cholón Canales—. Hace un rato nomás, te he preguntado qué chucha haríamos con esas huevadas.

Pequeño Óscar se rascó la cabeza, y asintió:

—Ah, verdad, ¿no?

—Verdad, verdad —dijo Cholón, incómodo—. No jodas, y apúrate en terminar de cargar. No vaya a ser que alguien llame a la tombería y nos caguen.

Y esos salvajes continuaron empacando sus compras. Cholón dio por sentado que los bastonazos del jefe le demolían las ideas a Pequeño, y mecánicamente siguió con los paquetes, y terminó de recordar lo que llevaba recordando.

—Putá madre, carajo, por qué chucha no miran por dónde van corriendo —dijo el enano Federico incorporándose, y buscó con la vista su bastón estoque.

Producto de la colisión:

1. Junto con el bastón estoque de Federico, los Caballeros del Zodíaco habían salido disparados por los aires, inundando las proximidades de partecitas doradas.

2. Cholón Canales se había dado tremendo contronazo al tropezar con el cuarto de humanidad del enano, y ya de pie se sobaba la frente.

3. Pequeño Óscar se frotaba la rodilla y se apresuraba a levantarse.

4. Cuatro tipos más grandes que roperos de dos puertas bajaron de dos camionetas Toyotas, y cruzaban la calle para auxiliar al enano.

5. Ni un alma, ni un asqueroso rodamundos cruzaba por Oquendo de Amat. Y mucho menos se veía a un figón apostado en alguna ventana o puerta: la calle estaba más sola que la soledad misma.

—Mierda, chibolos —dijo el enano, acariciando la empuñadura de calavera de su recuperado bastón estoque—. ¡Son mudos, cabros o imbéciles! Y Cholón se agachó un poco, y envalentonado por el asesinato que acababa de cometer colocó la balisong sobre la diminuta garganta del enano. Y dijo:

—¡¡¡MIERDA DE ENANO CONCHATUMADRE REPUTA, PERO QUÉ CARAJOS TE CREES, Y LA PUTA MADRE QUE TE REMAL PARIÓ!!!

El enano enarcó las cejas. Y, a los ojos de Cholón Canales —cuya corta edad no le impedía llevarle medio metro—, ese gesto lo hizo crecer de estatura. Sin

decir una palabra, desenfundó el bastón estoque. Y antes de terminar de vocalizar la frase *El que no corre vuela* incrustó la vaina del bastón en las partes más pudendas del Cholín, alejando del cuello el peligro. Y enseguida aplicó tremendo coscorrón en toda esa cabezota. La calavera del bastón estoque relucía insolente, dispuesta a seguir quebrando cráneos de aborígenes peruanos. Y antes de que Cholón consiguiera reaccionar, ya se retorció en el piso contenido por cuatro manazas roperiles.

31

Y así, entre pisotones, patadas y mentadas de madre, dos de los apestosos roperos se dieron a torturar a Pequeño Óscar. Uno le presionaba el cañón de la Remington 870 contra la cabeza, y el otro le apuntaba con un fusil de asalto FN-FAL. Por lo visto, los guardaespaldas del enano ocultaban debajo de las gabardinas armamento de guerra. Ocultaban muerte. Ocultaban horror. Ocultaban un *Ya te jodiste, compadrito*. Y ellos conocían muy bien el final: apuntar, presionar el gatillo, y descargar toda la cacerina en la cara del conchasuvida de turno, aunque se tratara de un chibolo, como en el presente caso.

De tres palmazos, el enano se sacudió el polvo de su ternito de muñeco de ventrílocuo. Y dijo, sereno:

—A ver, mocososo. Si quieres vivir, enséñame tu gracia ahorita mismo.

Pestañeando y sobándose la cabeza, Cholón recibió la balisong de manos de uno de los tipos que lo sujetaban:

—Ni se te ocurra hacer ninguna pendejada, rata auquénida —le dijo otro de los roperos, casi mor-diéndole la oreja.

Cholón sostuvo la balisong y dudó, y vio a Pequeño Óscar: Pequeño no lograba moverse, bufaba, el cañón de la Remington se le incrustaba más y más en sus pelos de negro. Y Cholón recordó cuando Peque se ganó esa funesta cicatriz: el zambo ya había derramado sangre por él, y siempre lo protegía como se protege a un hermano.

32

¿Y él iba a ser menos?

Y Cholón supo lo que debía hacer.

Apretó la navaja filipina, se relajó la muñeca. Apretó aún más los dientes, y realizó su magia: piruetas, quiebres y picadas que le proporcionaban al público el hipnótico y asombrado deleite de contemplar a un virtuoso. Cada vez que la manipulaba Cholón, la balisong resucitaba.

Con ojos resplandecientes, el otrora furibundo enano se deshacía en aplausos y vítores. Daba vivas con cada movimiento, con cada no-mutilación de dedos, con cada giro de 360° de la navaja.

—Te felicito, cholito —dijo Federico Santitos, mientras extasiado envainaba el bastón estoque—. Posees un don natural. Y tú —señaló al pequeño Peque—. Tú qué sabes hacer.

—Si tuviera tina —contestó el Peque llevándose un dudoso dedo a la nariz—, sabría cómo hacer dentro de ella burbujas de pedos.

—Ni el agua debes de haber visto en tu negra vida.

—A no faltar, señor, que yo so limpio cuando quiero.

El enano Federico contuvo una sonrisa, se acomodó la corbata y dio dos pistonescos golpes contra la vereda con la contera de su bastón. Y decidió:

—Súbanlos al carro, que algún partido les sacaremos a este par de lacrosos. Y apúrense, que debemos ir donde Bolas de Bebé.

Inmediatamente los guardaespaldas del enano Federico escondieron el armamento y levantaron de los sobacos a Pequeño, y le arrebataron la balisong a Cholón Canales. Del cuello los arrastraban a las Toyotas.

33

—¿Quién es ese Bolas de Bebé? —osó preguntar Pequeño Óscar, durante el trayecto.

Tres cosas sacaban de quicio a Federico Santos, a saber:

1. Que lo interrumpieran cuando estaba dando alguna orden.
2. Que dejaran al descubierto su ignorancia.
3. Que le hicieran preguntas cuando más bien debían estarse con el culo cerrado.

Y la peor de todas, la que más lo encabronaba, era la 3.

El enano Federico le hizo una seña a sus secuales, quienes retrocedieron y le colocaron delante al valiente pero frustrado petómano tinal.

Y sobrevino la primera lluvia de *jpumes!* que históricamente quedaría registrada en la cabezota de Pequeño Óscar:

—¡¡¡NEGRO BRUTO HIJO DE LA GRAN PUTA, DE AHORA EN ADELANTE TE VAS A DIRIGIR HACIA MÍ COMO VUESARCED, Y ME IMPORTA UNA MIERDA TU BRUTA CURIOSIDAD DE ENTROMETIDO NEGRO DE MIERDA!!!

Y los ¡pum! ¡pum! ¡pum! caían caían y caían. Y volvían a caer.

34 Pero Pequeño Óscar ni se inmutó por la sangre que fluía y se le escurría de la cara: tenía la cabeza dura, o ni dolor sintió. Al percatarse, Federico Santos dejó de dar bastonazos. Y dijo, con los ojos inundados de rojo:

—Así me gusta, negro. Ni la más mínima queja. Y la próxima vez que vuelvas a interrumpirme o siquiera elaborar un pensamiento, una preguntita o simplemente se te ocurra alguna de tus ideas, de esas imbecilidades menos valiosas que un moco de cachero, te reviento esa cabezota con esto. —El enano Federico le señaló el macizo cráneo que coronaba el bastón estoque.

Pequeño Óscar quiso protestar: ¿cómo sabía el enano aquel que sus ideas no valían ni un moco de cachero, si era la primera vez que lo veía? ¿Estaría siguiéndolo de antes, en el reformatorio? Por las dudas, se contuvo y asintió. Y se oyó el eco de otro ¡pum!

Ese fue el recuerdo de Cholón: la primera vez que le reventaron la sesera a bastonazos a Pequeño Óscar. Y aquella no sería la última vez que le brotaría sangre de la cabeza a ese gigante. Pues Peque seguiría interrumpiendo, metiendo la pata, sacando de quicio. Y conste que el enano no necesitaba el concurso de ninguna de esas tres causas: a lo largo de su negra

vida le fue encajando *pumes* al Peque toda vez que se le daba la reverenda gana al forro de sus calzones.

—Tanta bolsa por las huevas —dijo Cholón Canales colocando la última galonera de ácido muriático—. Más fácil y rápido es usar unas cuantas bolsas de cal y un par de palas.

Pero Pequeño no era de la misma opinión.

—¿Y vas a cavar la fosa —dijo, incómodo— y revestir el piso con cemento? ¿Y después le echarías la cal?

35

—Yo solo ni cagando, negro. Estoy segurísimo de que me ayudarías.

—Si se me da la gana, Choloncete. —Peque se puso serio—. Tas bien huevón, ¿no?

—Te haces el importante, Pequeño, pero yo sé que tú me darías una mano. Mano pajera, aunque mano al fin.

—No seas rosquete, que me emocionas y se despierta Vergadzilla.

—Ya.



BÄRENHAUS
EDITORIAL